

rando rigideces y angosturas propias de los esquemas positivistas históricos.

En seis amplios capítulos y un apéndice anejo para las Islas Filipinas plantea J. D., con sabia e inteligente mano, los términos de su *Introducción a la Historia de América*, cuya reseña estimamos de alto y singular interés.

El primer capítulo, referido exclusivamente a la Historia Universal, alude al concepto "objetivo" y "subjetivo" de ésta, a su posibilidad, a su explicación causal, a su reconstrucción, a su valor científico, a su unidad, a su auténtica relación con el pasado y a su condición, acertadísimamente expresada por J. D., de hecho individual humano. Efectivamente, la historia reserva siempre una vía abierta al "factor incodificable de la libertad humana". "Cualquier hecho puede tener de histórico cuanto tenga de real humano, pues solamente en el hombre se dan unidos lo biológico y lo espiritual, y es en cuanto ser espiritual como el individuo humano tiene carácter de ser único, incanjeable e irrepitable, es decir, de histórico. Ahora bien: lo humano se da en el individuo propia y radicalmente; de ahí que la biografía desempeñe en la ciencia histórica un papel insustituible y de ahí también que Dilthey haya podido decir que cada vida singular no sólo es el cuerpo fundamental de la historia, sino, en cierto modo, *su suma realidad*." Pasaje de sumo acierto y calor, distante del mamotretismo pedagógico, es en él, como en el espíritu general de la obra, donde Jaime Delgado evidencia su punto de partida peculiar y diferenciador, que es precisamente el de creador en vivo, el de escritor amplio y sensible, circunstancia donde respalda luego, con toda suerte de rigores, su hondo sentido analítico y de investigación.

El capítulo segundo del libro, "Historia Universal e Historia de América", nos plantea, luego del sentido analógico de la primera, las relaciones de la historia americana en la lógica y la metafísica, y su doble faceta "subjetiva" e "integrante" de la historia como concepto, siendo francamente interesantes las disquisiciones y conclusiones en que J. D. cifra el entronque genuinamente americano dentro y fuera de su propio ser.

En el tercer capítulo, "El sentido de la Historia de América", el autor establece una clara y radical diferenciación entre los conceptos "Historia de América" e "Historia de las Américas". De las opiniones que afirman la unidad del continente y, por el contrario, de las que aceptan la convivencia de una pluralidad de procesos históricos en América, se pasa inmediatamente al detenido análisis de la diversidad de los citados procesos: el indoespañol, el portugués, el inglés y el francoinglés, ya certeramente propuestos por Germán Arciniegas. Un con-

ciso y brillante punto relativo a los hechos españoles de la conquista y colonización, plantea la imbricación de lo español y lo amerindio en términos que permiten al autor afirmar: "La Historia de América es, pues, Historia de Hispanoamérica, porque sólo en la América hispana se da lo verdaderamente americano, es decir, la cultura americana propiamente tal", asentándose la necesidad rigurosa de incluir el estudio de la colonización a la hora de hacer el de la cultura americana.

¿Cuáles son las más importantes interpretaciones no hispánicas de la cultura americana, ese continente-crisol, generador de lo que Vasconcelos designa como "la raza cósmica"? Delgado desarrolla, en el capítulo cuarto de su libro, una clara y dilatada exposición de ellas: cosmopolitismo, panamericanismo, latinoamericanismo e indigenismo, de respectivos signos "englobador", anglosajón, latino y precolombino.

Las interpretaciones hispánicas quedan, a su vez, divididas en el extenso estudio de J. D. en españolismo, originalismo e hispanismo liberal. Tiende la primera corriente a considerar a Hispanoamérica como una mera prolongación de España, actitud que convierte a los pueblos hispanoamericanos en simples participantes de la cultura creada por España. Claro que es la mayor abundancia de población india y mestiza en las diversas zonas quien determinaría el grado de intensidad de la corriente "españolista", evidentemente desorbitada; así, "los argentinos, chilenos y uruguayos hispanistas, por ejemplo, propenderían a ser españolistas; en cambio, mexicanos, peruanos, bolivianos, guatemaltecos, etc., tendrían siempre más en cuenta el elemento indio". En cuanto a la segunda tendencia, *el originalismo*, Pedro Laín Entralgo observó: "Los que yo llamo originalistas son todos hombres jóvenes procedentes del viejo tronco hispánico. Defienden con mucha gallardía la obra de España en América, y en esa obra ven el fundamento histórico de su personal existencia. Piensan, sin embargo, que su fidelidad a la obra americana de España no excluye una actitud original ante no pocos importantes problemas humanos: el estético, el intelectual, el social y económico." Pero, con palabras de J. D., "discrepan los originalistas acerca del principio determinante de la originalidad: unos tratan de verla en la raza; para otros, en cambio, residiría más bien en la geografía y en la historia". Donde, al parecer, se evidencia más hasta ahora la originalidad cultural de Hispanoamérica, genuinamente entendida, es en la literatura y en el arte; en voces como las del poeta peruano César Vallejo, los chilenos Gabriela Mistral y Pablo Neruda, o en la pintura del mejicano Diego Rivera, parece, en efecto, despuntar plenamente ese logro específico de cultura hispanoamericana. *El hispanismo liberal*, en fin, "evidentemente ana-

crónico", coincide con el pensamiento hispánico propiamente dicho en la común apreciación del elemento hispano como constitutivo esencial de la cultura americana, si bien existe una radical diferencia entre ambos acerca de lo que sea ese elemento hispano y, en consecuencia, acerca de lo que sea también la cultura americana.

Un detenido estudio acerca de las determinantes raciales de Hispanoamérica, lo hispano, lo indio, lo negro y lo latino, con un esquema histórico de la cultura americana y una interesantísima "inspección por el futuro" (pág. 147), dan cuenta de esta parte, acaso la más aleccionadora y útil del libro. En su vistazo hacia lo por venir de Hispanoamérica, Jaime Delgado alude a la actitud más fundamental que en ese mundo parece configurarse: "Una afanosa búsqueda en lo propio como vía hacia una universalidad, pretendida ya por todos y sentida por algunos, o más o menos oscuramente presentida, como basada en aquella multiplicidad o policromía." "A su vez, la actitud hispánica propiamente dicha ha avanzado también notablemente y ha comenzado a desprenderse de su vieja actitud rutinaria y retórica. Existe, sin embargo, el peligro de que ese viejo hispanismo panegírico, de que habló Álvarez de Miranda, abandone los teatros, los salones de conferencias y los actos conmemorativos y se traslade a las cancillerías, e incluso tome cuerpo en los tratados sin que los hombres hispánicos se hayan colocado, como diría Eugenio d'Ors, a la altura de los tiempos."

La "Periodización de la Historia de América", de interesante teoría, adelantada, ya por J. D. en CUADERNOS HISPANOAMERICANOS (2), antecede a su original y equilibrada "Introducción a la Metodología", encauzándose ésta en su doble vertiente de investigación y enseñanza, cuyos términos especifica el autor con tanta concisión como esperanza hacia un conocimiento verdadero del ente americano.

Un breve "Apéndice sobre las Islas Filipinas" cierra, en fin, el libro de Jaime Delgado, que en modo alguno es una obra sólo para el especializado y el estudioso, sino que entreaire a muchos por amenidad verdadera, y aderezado con una estupenda riqueza bibliográfica, las verdes y misteriosas puertas del fenómeno América, el arduo Eldorado, último y poderoso de su ser.—FERNANDO QUIÑONES.

"CABO DE VARA", DE TOMAS SALVADOR

Los temas y problemas que se debaten y vertebran la ya considerable obra de Tomás Salvador son siempre dignos de la mejor atención. Se habla con frecuencia de literatura social, término que es aplicado con excesiva gratuidad, pero lo cierto es que en bien pocos escritores se

(2) V. CUAD. HISP., Septiembre 1957 (Núm. 93).

cumple este signo que preconiza una nueva edad literaria, que señala un nuevo modo de encararse con la realidad. En un momento como el presente, en que nuestra literatura parece empeñada en no salir de un estilismo apriorístico y artificioso, en un momento en el que ese estilismo, llevado a sus últimas consecuencias, no hace sino ejercerse en detrimento de otros fundamentales valores, no puede sorprender sea elogiada sin reservas una determinada temática y problemática atenta a revelar lo más recóndito y auténtico de la existencia humana. Tomás Salvador está edificando su obra, en este sentido, sobre bases bien firmes y con materiales de primera magnitud; en Tomás Salvador se dan cita y conjugan el documento y un agudo sentido de lo novelesco. En este *Cabo de vara* (1), que acaba de aparecer, se advierte hasta qué punto el documento se transforma y ahonda y encuentra su razón existencial y plena. Tan es así que no se sabe dónde termina el documento y dónde comienza la fábula.

Sitúa Tomás Salvador la acción de *Cabo de vara* en el año 1883, en un penal de Ceuta. Desde esta situación temporal y espacial, y a través de uno de los personajes, el ayudante Molina, revisa el sistema penitenciario, lo analiza desde una pluralidad de ángulos y matices, todos emparentados con la ética y la sociología. Del enfrentamiento de dos concepciones, la del ayudante Molina y la del ayudante Collantes, surge toda una verdadera riqueza ideológica, que explica desde su raíz los más candentes problemas planteados por la culpa y el castigo. De aquí la concepción del tiempo, de ese tiempo denso, distinto y lentísimo, que sufren los presidiarios y que hace decir al ayudante Molina: “Un fiscal al pedir una pena, o el magistrado al concederla, piensan en el tiempo *suyo*, en el tiempo de los que legislaron. El penal tiene otro tiempo, tiempo, tiempo *suyo*, muy diferente... ¿Usted cree que un hombre de treinta años, pasando diez en un penal, representa treinta años cuando sale? No; en el mejor de los casos es un hombre de cincuenta.” En realidad, este ayudante Molina sirve de contrapunto y explicación a un mundo carcelario regido por sus propias leyes, un mundo incomunicable y distinto movido por un determinismo ciego y elemental. De nada va a servir que el ayudante Molina se oponga al fatídico cumplimiento de esas leyes. Al final habrá de confesarse vencido y dirá al penado que ha querido salvar: “Vete con los tuyos.”

El documento humano es sobrecogedor. Francisco Mora, el “Botacristo”, escribe sobre el muro el primer día de presidio: “... y ésta es mi primera noche, y tengo para doce años. Que Dios me ampare. 7 de abril de 1883.” De aquí parte el proceso que va a transformar y

(1) TOMÁS SALVADOR: *Cabo de vara*. Ediciones Destino, 1958. Barcelona.